



César Franco

EL DESAFÍO DE LA FE

Encuentros con Jesús
en el evangelio de Juan

El desafío de la fe



100XUNO

César A. Franco Martínez

El desafío de la fe

Encuentros con Jesús en el evangelio de Juan



© El autor y Ediciones Encuentro S.A., Madrid, 2021

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 84

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-059-8

Depósito Legal: M-4525-2021

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| Introducción | 11 |
| I. Los primeros discípulos | 21 |
| II. Nicodemo, fariseo y maestro de Israel..... | 37 |
| III. Una mujer samaritana | 51 |
| IV. El ciego de nacimiento | 69 |
| V. Marta, hermana de María y Lázaro | 83 |
| VI. Simón, llamado Pedro | 97 |
| VII. Poncio Pilato, el procurador romano | 111 |
| VIII. María Magdalena | 131 |
| IX. Tomás, incrédulo y creyente..... | 149 |
| X. Juan, testigo de la historia..... | 167 |
| Bibliografía..... | 195 |

*A los franciscanos de la Custodia de Jerusalén y a los monjes
cistercienses de Heiligenkreuz en gratitud por su fraterna
hospitalidad.*

«No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva».

Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 1

INTRODUCCIÓN

Las primeras palabras de Jesús en el evangelio de Juan son una pregunta a los dos primeros discípulos —Andrés y probablemente Juan— cuando observa que comienzan a seguirle: «¿Qué buscáis?» (Jn 1,38)¹. Casi al final del evangelio, Jesús resucitado pregunta a la Magdalena: «¿A quién buscas?» (20,15). Con estas preguntas, quizás el evangelista quiere darnos una pista sobre la pretensión de su escrito: ¿A quién buscáis?, parece preguntar a quienes toman su evangelio en las manos, sugiriendo que el hombre es un permanente buscador. El deseo de felicidad le devora por dentro y no para hasta saciarse. A veces, con la verdadera dicha; otras, con la falsa. Pero nunca cesa de buscar.

Jesús —según Juan— conoce «lo que hay dentro de cada hombre» (2,24); no necesita que nadie se lo diga. Él sabe lo que bulle en su interior, sus motivaciones profundas, lo que le pone en camino o le impide creer. Sabe que somos ciegos, parálíticos y siempre pobres mendigos y pecadores. Y porque conoce los entresijos del alma humana, sale a su encuentro para hacerle esta pregunta: ¿Qué buscas?

Para plantear esta cuestión con palabras humanas —y no solo con susurros o gritos en el corazón, como la hacía antes de encarnarse— el

¹ Con el fin de no repetir constantemente la sigla Jn (Juan), citamos el capítulo y el versículo cuando por el contexto se entiende con claridad que se trata del cuarto evangelio. A no ser que digamos lo contrario, citamos según la versión de la *Sagrada Biblia. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española* (BAC; Madrid 2011).

Hijo de Dios se hizo hombre y «se ha unido en cierto modo con todo hombre» (GS 22,2). Podemos decir que siempre es contemporáneo desde que puso su morada entre nosotros. Quiso mirarnos a la cara con nuestra propia carne, dialogar, descansar, comer, vivir y morir con nosotros. Quiso cansarse, estar sediento, pasar hambre y solicitar, como un hombre más, la compañía en la soledad que, en su caso, llegó a ser terrible. En la cruz, Jesús dijo que tenía sed y experimentó el desamparo del Padre. Y con gritos y lágrimas pidió a quien podía hacerlo —Dios— ser librado de la muerte, para así compadecer con nosotros en nuestro morir.

El Jesús del evangelio de Juan no solo hace preguntas, sino que da respuestas de valor absoluto capaces de saciar para siempre la búsqueda del hombre. Jesús no solo afirma «yo soy», como dice Dios de sí mismo en el Antiguo Testamento, sino que declara ser el Camino, la Verdad, la Vida y la Resurrección. Él es la Luz del mundo, el Pan vivo bajado del cielo, el Agua viva y el Buen Pastor que conoce a cada una de sus ovejas y las conduce a buenos pastos. Por eso invita a venir a Él para saciar el hambre y la sed. Pero nada de esto podríamos hacer si él no hubiera venido previamente a nosotros para revelarnos al Padre.

¿Cómo lo hizo? Cuando Jesús define su vida en la tierra, la resume con tanta sencillez que sus discípulos confiesan que por fin logran entenderlo: «Salí del Padre y he venido al mundo, otra vez dejo el mundo y me voy al Padre» (16,28). La vida de Jesús ha sido un venir de Dios para volver a Dios. Y Juan, el autor del cuarto evangelio, ha sido testigo de su vivir entre nosotros. Cuando escribe su evangelio deja muy clara su intención: «Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de sus discípulos. Estos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre» (20,30-31). Juan quiere conducir a la fe en Jesús para que participemos de su propia vida de modo que, cuando retorne al Padre, no volverá solo, pues desea

llevarnos a todos con él. Así lo sugiere a la Magdalena: «Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro» (20,17).

Ahora bien, el mundo al que viene Jesús desde el Padre está dividido entre la luz y las tinieblas, que existen dentro y fuera de nosotros. De ahí que Jesús aparezca en el mundo como la «luz que brilla en la tiniebla» (1,5) para poder liberar a los hombres del poder de las tinieblas y conducirlos a la luz. De hecho, el verdadero problema del hombre, el único que puede frustrar su vocación de buscador, es el de permanecer en las tinieblas, sinónimo de mentira y muerte. Esta oposición entre la luz y la tiniebla, tan propia del evangelio de Juan, es equivalente a la de acoger o rechazar a Jesús. El que lo acoge, habita en la luz (cf. 8,12). El que lo rechaza, «camina en la tiniebla y no sabe adónde va» (12,35).

Cuando algunos personajes del evangelio no entienden a Jesús o malinterpretan sus palabras (lo que se conoce como *malentendido joánico*), es porque se resisten a la luz, es decir, no acogen la perspectiva única de Jesús, que es la del Padre que le ha enviado (cf. 3,4; 4,11; 15,5). El lector del evangelio recibe desde el prólogo una clave fundamental que le facilita esta perspectiva:

La aparición de Jesús sobre la tierra — escribe Bonney — es una teofanía. En el prólogo del evangelio, Juan revela a Jesús como Palabra de Dios, hijo único engendrado por Dios; pero lamentablemente, el mundo, creado «a través de él» fracasó en reconocerlo o recibirlo (1,11). En el transcurso de su narrativa, detalla la razón de este fracaso. La perspectiva terrena no garantiza un punto de referencia que permita conocer a Jesús correctamente. La plena identidad de Jesús solo puede ser entendida en referencia a una perspectiva celeste (cf. 3,31-35)².

Se explica, por tanto, que Jesús diga a Nicodemo: «Tenéis que nacer de nuevo (o de lo alto)» (3,7). Solo así, es posible entender la perspectiva del Reino que trae Jesús. ¿Cuál es entonces la misión de Jesús?

² W. Bonney, *Caused to Believe. The Doubting Thomas Story as the Climax of John's Christological Narrative* (BIS 62; Leiden-Boston 2002) 4.

Realizar en nosotros el nuevo nacimiento que nos permita «entrar en el Reino de Dios» (3,5).

Este desafío apasionante, que Juan plantea como argumento de su obra, la penetra como una atmósfera que invade al lector y le cautiva progresivamente. Quien busca encontrarse con Cristo, en la verdad de su persona, solo tiene que dejarse llevar por la fuerza persuasiva de sus palabras y hechos que tejen con magistral armonía las diversas escenas de la vida de Jesús. Cuando, casi al final del evangelio, Tomás sea invitado por Jesús a tocar las llagas de su carne glorificada y haga la solemne confesión de fe — «¡Señor mío y Dios mío!» (20,28)—, el lector, creyendo sin ver, confesará lo mismo. Y con la Magdalena, pasará del llanto al gozo pascual al escuchar su nombre y ser enviada a proclamar la buena noticia de la resurrección. Por utilizar el símil de Jesús, el evangelio de Juan es como el surtidor de agua viva, que, según dice a la samaritana, tiene capacidad de hacernos saltar hasta la vida eterna y experimentar la verdad de las palabras de Cristo: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre» (11,25-26).

¿Cuál es, entonces, el método que el evangelista utiliza para acoger a Jesús y dejarnos iluminar por él? Sencillamente, nos enseña a contemplarlo porque en él está la vida y la vida es la luz de los hombres (cf. 1,3-4). ¿Y cómo enseña el evangelista a contemplar a Jesús? Como buen escritor, sabe que necesita ganarse la confianza de sus lectores. Por eso, él mismo se presenta como habiendo realizado este camino. En el prólogo de su obra nos ofrece la clave, no solo para aprender a contemplar, sino para interpretar su evangelio: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria propia del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (1,14). Juan se presenta como uno de los que «contemplaron» la gloria de Jesús, que es la luz accesible al hombre, la que podemos percibir según nuestra medida. Quiere decir que en la vida de Jesús, en su existencia carnal, ha visto la gloria de Dios con sus propios ojos y se dispone a narrarlo para que también el lector pueda contemplarla.

Dice un estudioso de Juan que entre los diversos planos que constituyen una narrativa, el más importante es el de las ideas, formado por las normas, valores y visión del mundo. A su juicio, en Juan tenemos este plano en el principio establecido en el prólogo³: *contemplar la gloria del verbo encarnado*, la gloria que se revela en su carne y puede ser vista desde el comienzo de los signos en Caná de Galilea (cf. 2,11) hasta la glorificación suprema de la cruz, resurrección y subida al Padre (cf. 17,5). Dado que Juan ha sido testigo privilegiado de esa gloria, nadie mejor que él puede indicar el camino de su contemplación. Eso es lo que hace en el trascurso de su obra mostrando en la presentación de sus personajes la diferencia entre ver y no ver la gloria del Hijo de Dios. «Mientras algunos personajes en el evangelio ven solo carne y se enredan con las palabras y acciones de Jesús, otros ven la gloria en la carne. El punto de vista ideológico del evangelio es intentar convencer al lector para ver la gloria en la carne, lo sobrenatural en lo ordinario»⁴.

La trascendencia de esta contemplación de la gloria que reside en la carne de Jesús —desde sus gestos más simples hasta los milagros— solo puede entenderse mediante la lectura meditada del cuarto evangelio, que revela precisamente todo lo que el Padre nos ha dado en su Hijo para nuestro propio bien y felicidad. Nadie, en el uso de la recta razón, rechaza la luz y opta por la oscuridad; nadie prefiere la muerte a la vida; nadie elige la ceguera privándose libremente de la visión; nadie, ante la enfermedad, evita al médico que le ofrece la salud. Ni el torpe paralítico de la piscina probática, que llevaba treinta y ocho años enfermo (cf. 5), ni el sagaz ciego de nacimiento (cf. 9) ni las hermanas de Lázaro cerraron la puerta a la vida y a la resurrección que Jesús ofrecía. Y nadie, ante la ceguera del pecado que oscurece la existencia, rechaza la luz que rompe las tinieblas; nadie, excepto los que prefieren

³ Cf. J. L. Resseguie, «The Beloved Disciple: The Ideal Point of View», en S. A. Hunt – D. F. Tolmie – R. Zimmermann (eds.), *Character Studies in the Fourth Gospel: Narrative Approaches to Seventy Figures in John* (Grand Rapids 2016) 538.

⁴ Ib. 538.

la oscuridad y creen que ven aunque permanecen ciegos (cf. 9,41). La revelación de sí mismo a los hombres no deja nada en la sombra. Todo es Luz. La luz en la que ha habitado desde toda la eternidad brilla en su persona, en sus gestos y en sus palabras, en sus milagros —signos de vida— hasta explosionar radiante y poderosa en la carne ya glorificada que logra abrazar la Magdalena, Tomás y cuantos en la fe desearíamos hacerlo antes de gustar la muerte. No cabe mayor deseo.

Se explica, pues, que Juan presente a Jesús en retorno hacia la gloria de la que vino. En esta vuelta al Padre, Jesús arrastra en pos de sí a quienes han visto alguna chipa de su gloria e, iluminados, ansían saciarse de su plenitud. Podemos decir que en su narración de los hechos y dichos de Jesús, común a los cuatro evangelios, Juan destaca en la descripción de la vida eterna que habita en él, de forma que el cuarto evangelio parece ser una apología de la vida que Dios nos ha revelado en su Hijo para que este la regale a los hombres: «He venido para que tengan vida y la tengan abundante» (10,10).

La pretensión de Juan al escribir el evangelio, por tanto, es que también el lector pueda contemplar la gloria que se revela en la carne del Hijo de Dios. Los lectores del evangelio son guiados en este camino de contemplación de la gloria por un testigo cualificado que sabe ver la manifestación y ocultamiento de la gloria en su ineludible paradoja. En el discurso de despedida, Jesús, que habla en la tierra como si ya estuviera en el cielo, dice: «Padre, este es mi deseo: que los que me has dado estén conmigo donde yo estoy y *contemplan mi gloria*, la que me diste, porque me amabas, antes de la fundación del mundo» (17,24)⁵. El deseo de Jesús pervive en su evangelista: hacernos contemplar la gloria que se revela en su condición encarnada. Solo así los seguidores de Jesús pueden entender la gloria a la que ellos mismos son llamados, la que solo Dios puede dar, pues la gloria que los hombres se dan unos a otros nada tiene que ver con la que viene de Dios (cf. 5,41.44; 7,18; 12,43).

⁵ El subrayado es nuestro.

Este deseo de atraer a los hombres hacia Jesús se hace significativo en las escenas con los diversos personajes que entran en relación con él. Juan es un experto narrador de encuentros y diálogos con Jesús donde este revela progresivamente su identidad al tiempo que ilumina los entresijos del alma de sus interlocutores, quienes, impactados por la personalidad de Jesús, se hallan ante el desafío de acogerlo o rechazarlo. Acoger o rechazar a Jesús puede ser una clave interpretativa del cuarto evangelio que, según R.E. Brown, presenta el «discipulado» como una «primaria categoría cristiana»⁶ de la que se sirve para educarnos en la adhesión a Cristo como discípulos.

En los encuentros con Jesús, de los que tratamos en este libro, aparecen personajes reales que «representan un particular tipo de respuesta-fe a Jesús; juegan un papel representativo y sirven a una función típica»⁷. En cierto sentido, tales encuentros forman pequeños dramas o historias que sirven al evangelista para indicar el modo de llegar a creer en Jesús o, por contraste, de rechazarlo. Cumplen una función de espejos donde el lector puede ver retratada su postura personal ante Cristo y juzgar si está en el camino de ser su discípulo.

Es sabido que la fe en Juan equivale a acogerlo en la propia vida. «Acoger» y «creer» en Jesús son verbos sinónimos en Jn 1,12. Se trata de una actitud vital gracias a la cual el creyente participa de la vida de Cristo de una manera cuasi-física. Entre Jesús y el creyente que se adhiere a él se establece una corriente de vida que fluye entre ambos de manera misteriosa pero real, como sugieren las vivas imágenes que utiliza Jesús: «El que tenga sed, que venga a mí y beba el que cree en mí» (7,37-38); «el que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día» (6,54). Jesús ha venido a ofrecer a los hombres el agua y el pan de la vida para que vivan eternamente. Creer en él significa vivir para siempre. La conocida como

⁶ Según lo recoge C. Bennema, *Encountering Jesus. Character Studies in the Gospel of John* (Minneapolis 2014) 4.

⁷ R. F. Collins, *These Things Have Been Written: Studies on the Fourth Gospel* (LTPM 2; Lovaina -Grand Rapids 1990) 8.

escatología realizada de Juan abre el horizonte a una comprensión de la fe como vida ya participada por quien cree en Jesús: «El que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre» (11,24). De una u otra manera los encuentros con Jesús alcanzan su plenitud de sentido desde este horizonte de la vida que ofrece con sus palabras y con sus hechos.

Dice C. Bennema que «con el fin de cumplir su propósito, Juan deliberadamente pone en el escenario varios personajes que interactúan con Jesús produciendo una variedad de respuestas de fe»⁸. Al presentar los diversos personajes que tuvieron la suerte de tratar con Jesús, queremos mostrar la urdimbre de la fe en el corazón de estos personajes, que, sin perder su carácter histórico, representan simbólicamente diversas actitudes de personas de todos los tiempos ante Jesús. Acogiendo a Jesús y creyendo en su nombre, participaron de la vida que solo puede obtenerse adorando y confesando la fe en el Hijo de Dios, como sucedió con el ciego de nacimiento o con Tomás. Este camino de fe tiene sus altos y bajos, frustraciones y logros, pero siempre permanece abierta la cuestión sobre quién es Jesús y por qué, incluso quienes lo rechazaron o no lo acogieron con fe, estaban persuadidos de que gozaba de una autoridad única en sus palabras y en sus hechos.

El cuarto evangelista ha sido llamado «Storyteller»⁹, entre otros motivos por la maestría con que sabe hilvanar diversas historias de encuentros con Jesús, sin que se pierda la sensación de que nos encontramos ante un «tejido sin costura»¹⁰, como dijo Strauss. Estas pequeñas historias, que pueden definirse como «epifanías de Cristo», muestran claramente que Jesús es el centro de todo en Juan; algo tan obvio que se «corroborra simplemente mirando el número de veces que el nombre ‘Jesús’ aparece en el cuarto evangelio. Solo este

⁸ Ib. 1. Afirma que también él con su libro tiene «un específico propósito: presentar los personajes joánicos, especialmente sus respuestas a Jesús, en orden a desafiar a los lectores a evaluar su actitud de cara a Jesús».

⁹ Sobre esta designación, véase el libro de M. W. G. Stibbe, *John as Storyteller. Narrative Criticism and the Fourth Gospel* (SNTS. MS 73; Cambridge 1992).

¹⁰ Citado por M. W. G. Stibbe, *John as Storyteller ...*, op. cit., 14.

hecho muestra cómo la cristología funciona como el hilo primario que unifica el cuarto evangelio»¹¹.

Cada una de estas historias tiene su propio clímax. Vale por sí misma. Pero en el conjunto forman, en opinión de C. H. Dodd, una sugerente unidad:

El lazo que conecta un episodio con otro es extremadamente sutil. Se parece bastante a una fuga musical. Un tema es anunciado y desarrollado hasta un punto. Entonces es introducido un segundo tema y entrelazado con el primero, luego quizás un tercero, con original conexión, es elaborado hasta un patrón complejo, que tiene todavía la unidad de una obra consumada de arte. El cuarto evangelio es más que cualquiera de los otros un conjunto artístico e imaginativo¹².

Esta apreciación tan certera (aunque haya sido discutido el aspecto de la unidad) es más que una sensación de un lector apasionado por la obra. La sucesión de historias con su propio argumento, a que se refiere Dodd, adquiere su unidad última en la medida en que se leen desde la razón explícita del autor al escribir su obra: conducir a la fe en Jesús como Cristo e Hijo de Dios (cf. 20,31). Con mayor o menor intensidad argumentativa, las diversas historias se entretajan con este hilo conductor de la fe en quien dice ser el Enviado por Dios. Es posible que el capítulo 21, considerado por muchos autores como un añadido a la obra de Juan, sea, desde la perspectiva de la fe, un magnífico colofón —posiblemente del mismo autor— para subrayar, como recapitulación de todos los encuentros narrados, la clave que les da pleno significado: el amor confesado de Pedro y la misteriosa permanencia de Juan son, en realidad, la única respuesta a quien aparece al comienzo del evangelio preguntando a los primeros discípulos: «¿Qué buscáis?». Su respuesta constituye el paradigma de todo discípulo: le siguieron y permanecieron con él. Al final del evangelio Jesús

¹¹ Ib. 17. En Juan el nombre de *Jesús* aparece 237 veces. En Mt, 150; en Mc, 81 y en Lc, 89.

¹² Citado por M. W. G. Stibbe, *John as Storyteller...*, op. cit., 14.

El desafío de la fe

Las primeras palabras de Jesús en el evangelio de Juan son una pregunta a los dos primeros discípulos que comienzan a seguirle: «¿Qué buscáis?». Casi al final del evangelio, Jesús resucitado le hace de nuevo la pregunta a la Magdalena: «¿A quién buscas?». Con esto el evangelista querría darnos una pista sobre la pretensión de su escrito: hacerle esta pregunta a quien toma su evangelio en las manos, sabiendo que el hombre es un permanente buscador.

Partiendo de esta búsqueda del hombre, el evangelio de Juan se centra en la narración de una serie de encuentros y diálogos de diversos personajes con Jesús a través de los cuales se revela progresivamente su identidad, al tiempo que se iluminan los entresijos del alma de sus interlocutores, quienes, impactados por la personalidad de Jesús, se hallan ante el dilema de acogerlo o rechazarlo. Este es el desafío de la fe: acoger o no a Jesús en la propia vida.

De esta manera, los encuentros narrados en el evangelio de Juan, descritos y desglosados en este libro con gran maestría, forman pequeños dramas o historias en los que el lector puede ver retratada su postura personal ante Cristo y juzgar si está en el camino de ser su discípulo.



ISBN: 978-84-1339-059-8



9 788413 390598